

LA CASA ABANDONADA



La casa abandonada

© Daniela Anselmo, 2026

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Carolina Marando

Armado de interior: Claudia Solari

Viñetas realizadas por la autora

ISBN 978-950-02-1744-6

1ª edición: abril de 2026

Impreso en Latingráfica,

Rocamora 4161, CABA,

en abril de 2026.

Tirada: 4000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Anselmo, Daniela

La casa abandonada / Daniela Anselmo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

256 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1744-6

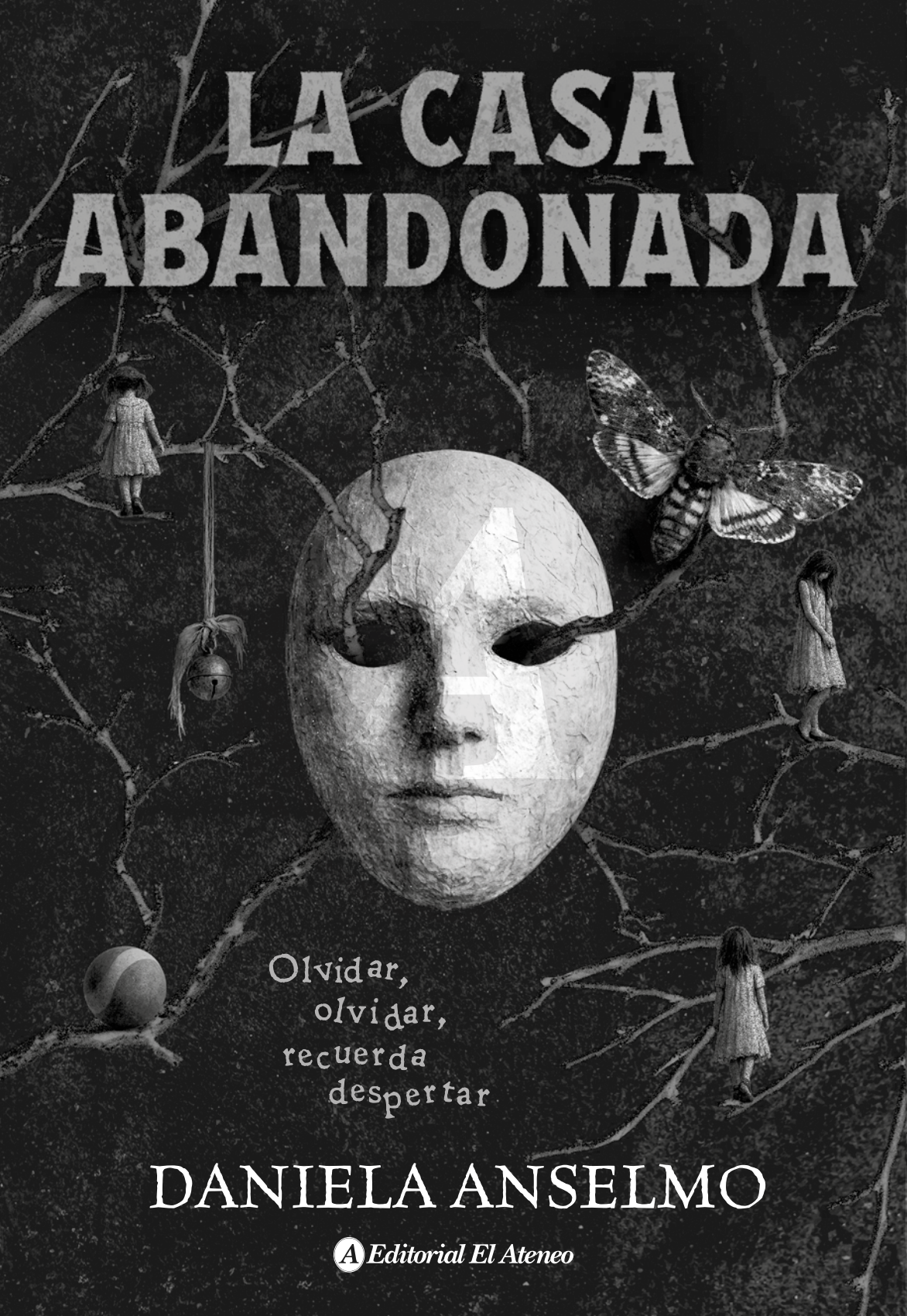
1. Novelas. 2. Novelas de Terror. I. Título.

CDD A860

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

LA CASA ABANDONADA



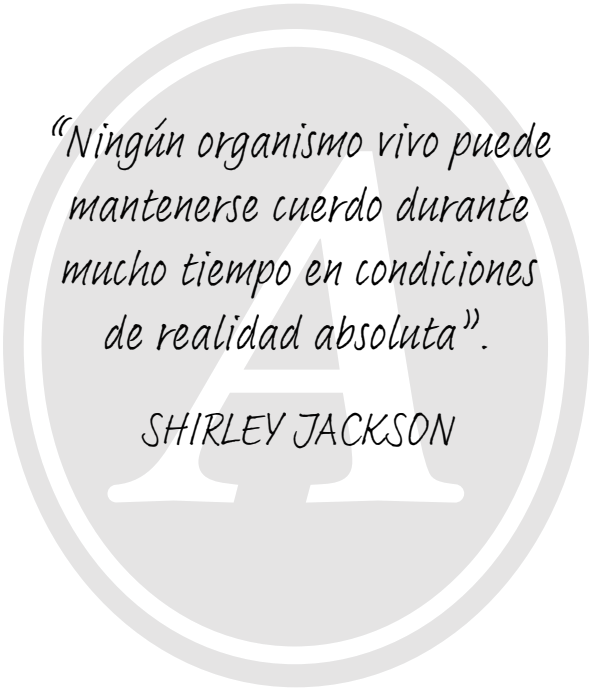
Olvidar,
olvidar,
recuerda
despertar

DANIELA ANSELMO

 Editorial El Ateneo



*Para la casa
de mi infancia,
tal como la recuerdo,
antes de su mutación.*



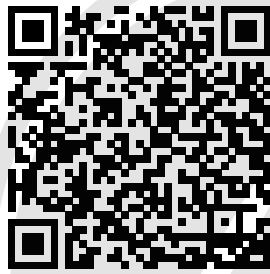
*“Ningún organismo vivo puede
mantenerse cuerdo durante
mucho tiempo en condiciones
de realidad absoluta”.*

SHIRLEY JACKSON





PLAYLIST



Sociopath Detuned

LUCAS KING

Abandoned House

CREEPY RAZY

Perfectly Splendid

THE NEWTON BROTHERS

Haunted Life | Rain

SERHIJ KASINTES, SERHIJ KASINETS, REGNUM UMBRAE

Creepy Doll Music

CREEPY RAZY

Ravage Souls (Music Box)

INVADABLE HARMONY

The Witching Hour | Rain

SERHIJ KASINETS, REGNUM UMBRAE

Für Elise - Reimagined

Alexander Joseph

Bewitched (Music Box)

INVADABLE HARMONY

Black Heart | Rain

SERHIJ KASINETS, REGNUM UMBRAE

Ghostly | Rain

REGNUM UMBRAE

Nyctophilia

INVADABLE HARMONY

Beautiful Nightmare (Music Box)

INVADABLE HARMONY

Autumn Masquerade

ROXANE GENOT

Labyrinth of Dreams

NOX ARcAna

Jeff the Killer

LUCAS KING

Counting Hearts | Rain

SERGA KASINEC, SERHIJ KASINETS, REGNUM UMBRAE

A Silent Place

LUCAS KING

Schizophrenia

Lucas King

A Lonely Strain

APOCRYPHOS, ATRIUM CARCERI, KAMMARHEIT

Whatever's left | Rain

SERGA KASINEC, SERHIJ KASINETS, REGNUM UMBRAE

Night So Close to the Tongue

APOCRYPHOS, KAMMARHEIT, ATRIUM CARCERI

All Dreams Mined

APOCRYPHOS, KAMMARHEIT, ATRIUM CARCERI

Halloween Stories

DARK ACADEMIA QUINTET

Tenebrosity (Music Box)

INVADABLE HARMONY

Halloween

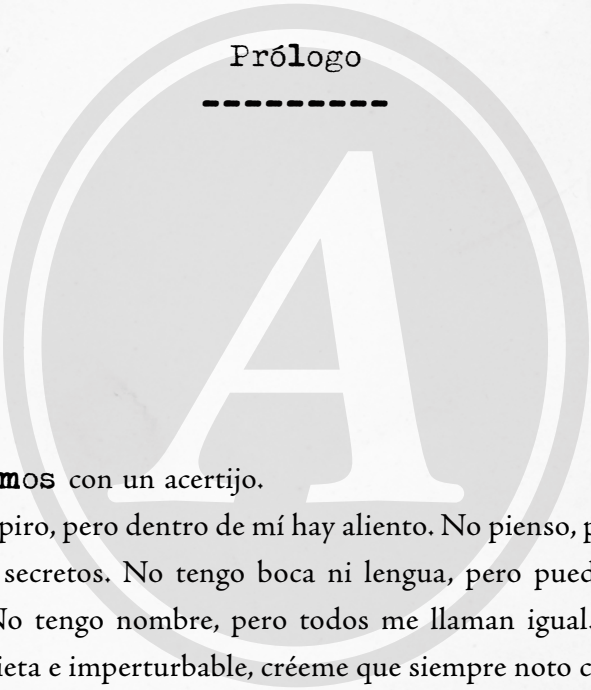
DARK ACADEMIA QUINTET

The dead fire

APOCRYPHOS, KAMMARHEIT, ATRIUM CARCERI



Prólogo



Comencemos con un acertijo.

No respiro, pero dentro de mí hay aliento. No pienso, pero dentro de mí hay secretos. No tengo boca ni lengua, pero puedo chillar y susurrar. No tengo nombre, pero todos me llaman igual. Y aunque parezca quieta e imperturbable, créeme que siempre noto cuando algo está fuera de lugar.

Se dice de mí que soy dulce. Se dice que guardo recuerdos. Se dice que no hay otra como yo. Se dice que tengo oídos, que tengo ojos. Y se dice que las peores cosas suceden en mi interior. No puedes tomar mi mano, pero hazme el honor de cruzar mi umbral.

Como cualquier otra criatura, no me he corrompido solo porque sí. Me he ido torciendo por lo que sucedió dentro de mí. Me he ido

envenenando con pensamientos ennegrecidos. Me he ido deformando por quienes caminaron en mí. Estoy vieja y agotada, y mi mayor deseo es descansar en paz. Pero todos siempre encuentran su camino de vuelta a mí.

Por favor, pasa, pasa. Cuidado con el escalón. Echa un vistazo. Pero no toques nada. Dentro de mí está lleno de manías y desvaríos. En cada rincón, debajo de la alfombra, entre las comisuras de mis ladrillos. Camina con cuidado, avanza lento, pero no te detengas mucho tiempo.

Y presta atención. Recuerda por dónde entraste, recuerda por dónde salir, recuerda cuánto tiempo pasó y recuerda quién eres. No quiero que tropieces con mi alfombra ni con mis sentimientos podridos. Y por sobre todas las cosas, no quiero que te pierdas dentro de mí.

Todo este preludio sabrás disculpar, pero era necesario para mí que comprendas. Porque, verás, no estás entrando en una historia, estás entrando en mí.

Y pretendo que tengas los pies limpios, la mente en orden. Y que no abuses de mi buena hospitalidad.



L

La noche de la ausencia

Casa Rojas

"En la oscuridad es más fácil perderse, ya sea en una casa o en tu propia mente", solía decir su bisabuela. Lo murmuraba unas tres veces, manteniendo la rima, sin dirigirles la mirada ni a ella ni a sus hermanas. Después, tiraba la cabeza para atrás y se echaba a reír. La anciana comenzaba a estar senil.

Las tres hermanas Rojas oían con atención lo que su bisabuela tenía para decirles, por más que fueran frases extrañas sin sentido. Se

sentaban en el suelo con las piernas cruzadas y la escuchaban divagar. Ella les contaba más sobre la familia y sobre lo que les pasaba que su propia madre. No era que su madre no quisiera contarles: había tenido la charla con ellas, se había sentado a explicarles cuando empezó a suceder. Pero Matilde, Ofelia y Elisa estaban sedientas de más.

Cuando Elisa abrió los ojos, no estaba pensando en eso. No pensaba en nada. El calor había hecho que tuviera un sueño largo del que no lograba salir. Era tarde en la noche, tarde en la oscuridad. La casa dormía. El aire se sentía denso. No, no denso. Pegajoso. La atmósfera parecía mantenerse adherida por una nebrura asfixiante.

Elisa estaba cubierta de sudor. Su cabello marrón rojizo, pegado contra su frente y su cuello; sus lagrimales todavía hospedaban lagañas y su camión color pastel tenía restos de la sustancia expulsada por su cuerpo en un intento desesperado por regular su temperatura. Y todavía tenía restos de piel debajo de las uñas.

Despegó su nuca de la almohada. Se sentó solo un momento en el borde de la cama y se inclinó para arrancarse el cascabel que llevaba atado en el tobillo. El hilo era duro, pero estaba viejo y desgastado por los años. Comenzó a tironear de él. Apenas hizo un tintineo cuando cedió. Nadie lo oiría. Nadie se daría cuenta.

Pestañeó lento. Al lado de su cama se encontraba la máscara de papel maché. Descansaba boca arriba con huecos en vez de ojos. Tenía los bordes levantados y la textura descascarada por el uso, pero se mantenía entera. Los días de calor todavía largaba olor a pegamento y pintura. La tomó con su mano derecha y estiró el elástico con la izquierda mientras se la colocaba sobre el rostro. Raspaba un poco y acumulaba el calor, pero se sentía más segura allí detrás, a través de los óvalos irregulares cortados por una tijera torpe. Cuando inhaló, el olor a papel rancio la envolvió.

Se levantó de la cama arrastrando los pies, caminó hasta la puerta de su dormitorio. No se detuvo a ver los viejos arañazos que marcaban la madera blanca. No se detuvo a ver el dibujo hecho a crayón de ella y sus hermanas junto a su madre, a su bisabuela y a su gato. Solo puso su mano en la manija. Giró. Clic. Y salió de la habitación.

Elisa bajó las escaleras apoyando con delicadeza su peso pluma sobre cada una de las maderas. Al llegar al final, sus pies descalzos se arrastraron hasta la sala. Despacio, lento, en silencio. Sabía mantenerse en silencio. Era muy buena en eso. Lo había hecho durante mucho tiempo. Solo una polilla posada en la pared sabía que había alguien despierto en la casa.

Se quedó parada en la penumbra durante minutos, largos minutos. Respirando tan suavemente a través de los orificios de la máscara que ni siquiera se notaba el movimiento de su torso. Solo se oían los grillos. Y el calor era perfecto. Sentía un pulso tenue detrás de los ojos, un latido apenas perceptible. La máscara retenía el calor y su piel parecía arder desde adentro.

Sus cosas... Había dejado sus cosas en otro lado. Debía ir a buscarlas. Solo por un rato. No podía estar tanto tiempo sin sus cosas. En realidad, esa era toda su intención aquella noche. Era todo lo que quería. Sus cosas. Debía ir por ellas. Debía ir por ellas otra vez.

La alfombra le generó picazón en las plantas de los pies. Dio unos pasos hasta la repisa. Estiró su brazo y tomó la muñeca rusa que descansaba allí. La abrió partiéndole el cuerpo en dos. No se suponía que ella supiera que la llave estaba adentro. La habían escondido solo por seguridad, solo por las dudas de que sucediera de nuevo. Pero Elisa había visto a su madre guardarla una noche. Metió la mano en el cuerpo hueco de la muñeca y tomó la llave. Se sentía fría entre sus dedos.

Eran las 3:33 de la madrugada cuando Elisa abrió en silencio la puerta de entrada y desapareció en la oscuridad.





La casa abandonada

Matilde y Ofelia estaban paradas a pocos pasos de mí. Me observaron con sus rostros apuntando al cielo y yo las observé a ellas. ¿Acaso no es eso lo que dicen? Que al observar el vacío por suficiente tiempo, el vacío te observará a ti.

El sol no brillaba: calcinaba. Era un día pálido, moribundo y ardiente de fiebre. El calor de 1991 fue uno de los peores en décadas. Como si el verano exhalara su último aliento de cuarenta y cinco grados

antes de morir para dejar paso al otoño. Y todavía el sol no había alcanzado su máximo esplendor. Se preguntaban hasta dónde podría llegar, hasta dónde sería capaz. No lo toleraban. Consumía su piel, les achicharraba los pulmones y les asfixiaba el cráneo para cocinar a fuego lento su cerebro.

Ofelia se limpió el sudor del cuello detrás de su trenza y Matilde se sacudió la mano frente al rostro para remover el aire espeso. Una brisa apenas perceptible rozó los labios de ambas niñas. Tenía sabor a sal y vidas pasadas.

—Vamos —dijo Matilde—. Entremos de una vez.

Sabían que Elisa estaba dentro de mí. Era yo, indiscutiblemente, el lugar donde se encontraba su hermana perdida. Metida como un tumor silencioso en algún rincón de mis adentros. No podía estar en ningún otro sitio, las niñas lo sabían con una certeza fraternal. Y no se irían hasta encontrarla.

Yo me hallaba abandonada desde hacía algo más de tres décadas. La última vez que había tenido habitantes fue en el invierno de 1959. Los residentes se habían ido de repente, dejando todo atrás: muebles, ropa, objetos y traumas. Simplemente se retiraron. No huyeron, no realmente, pero sí se marcharon con la prisa suficiente como para no llevarse la mayoría de sus pertenencias consigo. El sol contra el suelo les daba a las chicas Rojas la sensación de que mis muros temblaban.

En silencio y sin ser vistas, las tres hermanas pasaban en mi terreno sus días de verano y libertad. No me veían como la horrible casa abandonada, como el resto del pueblo, sino como una críptica criatura carcomida por la naturaleza ancestral. Me habían tomado como su escondite secreto desde que me encontraron nueve meses atrás.

Aquí, entre naturaleza desvaída, desdoblada por un lago que dejaba escapar un aliento espeso, aislada y alienada del resto de las casas,

todavía me alzaba magnificante. Enorme y numinosa, decadente y furiosa, algunos decían que existía como un dios vengativo de algún antiguo testamento.

Había tenido días más gloriosos. Ahora, yo lo sabía: estaba muriendo. La humedad subía por mis muros de piedra y ladrillo, los lamía y los ennegrecía dulcemente. La reja, rendida a la herrumbre, se arqueaba bajo el peso de su propio óxido; chirriaba rítmicamente con cada soplo de aire caliente. El tejado victoriano se curvaba vencido por el peso del tiempo, dejando caer el polvo del ático cual éter de humo azabache.

Mi pulso persistía contra toda probabilidad. Aún agua negra, gas y electricidad corrían por mis venas; nadie había interrumpido el flujo en más de treinta años.

Me mantenía erguida y digna, a pesar de todo. Las tejas se iban despegando una a una como pedacitos de piel muerta. Las enredaderas trepaban por las paredes, reptaban hacia las ventanas de vidrios rotos, hundidas en sus órbitas, tapadas por cortinas deshilachadas que ondulaban al ritmo del aire tibio. Criaturas diminutas con antenas y patas peludas penetraban y penetraban como gangrena, y encontraban su camino a mi interior. Raíces se abrían paso bajo los cimientos y me deformaban desde lo más profundo de mi ser como un recuerdo reprimido que danza a oscuras y destroza mi subconsciente.

—¡Elisa! —gritó Ofelia. La hermana del medio. Tenía los dientes torcidos, una trenza interminable y las rodillas siempre raspadas.

Matilde puso los ojos en blanco y le dirigió una mirada de costado. La hermana mayor. Tenía pestañas largas, cabello ondulado y dedos que se extendían como mis raíces.

—Creo que, si fuese a salir por su cuenta, ya lo habría hecho.

El viento caliente volvió a exhalar, esta vez un poco más fuerte. El aire arrastró polvo y dejó entrar en mí algo grisáceo por la puerta principal, que estaba semiabierta. Por un momento, sentí que jadeaba por aire.

Ofelia sacó de su bolsillo dos linternas pequeñas. Le dio una a Matilde sin apartar los ojos de mí.

—Bueno, vamos a buscarla adentro.

—Nos vamos a tardar —respondió Matilde—. La casa es enorme.

Caminaron hacia la entrada entre pasto crecido, arbustos puntiagudos y ramas quebradas. Podían vislumbrar la oscuridad de mi interior desde afuera. Enmarcada por maleza, estatuas de piedra rotas y columnas ahorcadas por hiedra, estaba mi desencajada puerta principal: marrón oscuro con destellos dorados; un vitral roto, verde enfermo, en el centro, y bisagras de bronce que todavía reían tímidamente al dejar pasar a alguien. “Esa casa es vieja y ha visto cosas, por eso se la ve cansada —había dicho alguna vez su bisabuela—. Pero, muchachitas, no se atrevan a confundir cansancio con debilidad”.

Las chicas sintieron con alivio la sombra proyectada por mi estructura al acercarse a la entrada. Ofelia me tocó. Puso su mano contra la madera de la puerta y la empujó para poder pasar. Las bisagras emitieron el ruido agudo y risueño que las caracterizaba, proyectándolo en un eco al interior.

Ofelia fue la primera en atravesar mi puerta. Yo estaba a oscuras y la temperatura era más fresca en mí. Dio un paso. Acababa de entrar. Ofelia estaba segura de que acababa de entrar, pero también estaba segura de que había vivido allí durante décadas y décadas hasta perecer entre mis muros. Esto, por supuesto, era solo una sensación. Y, como su madre le había enseñado, no se podía confiar en las sensaciones.

Matilde siguió a Ofelia. Dio unos pasos dentro y se detuvo cuando pisó algo familiar. Bajó la mirada. Sintió una cosa apenas atorada

entre los escombros bajo sus pies. Todos los músculos de su cuello se tensaron cuando apretó la mandíbula para no sentir nada. De repente, se le enfrió el cuerpo. Se puso de cuclillas y examinó la cosa dura y grisácea de cerca. La tomó con las dos manos, la miró con insoportable indiferencia autoimpuesta. Era una máscara de papel maché.

Matilde la dejó caer despegando sus dedos. Respiró hondo permitiendo entrar el aire a sus pulmones negros. Recuperó la temperatura, se puso de pie y siguió a su hermana hacia mis adentros.

